

Catequesis 4. (Miércoles santo)

CRISTO SALVADOR, ¿ES REALEMTE MI SALVADOR?

Ref.: Concilio Vaticano II, *Gaudium et spes* 22; Catecismo de la Iglesia Católica; cf. Sagrada Congregación para la Doctrina de la Fe, 2001, *Iesus Dominus*.

1. La pregunta.

Nos preguntamos si es verdad que ¿Cristo es el salvador del mundo? Hay hechos que parecen hacerlo creíble: la humanidad ha dividido la historia en dos, antes de Cristo y después de Cristo; el cristianismo es la religión con más adherentes. Pero en la mentalidad del mundo actual yace la pregunta: ¿cómo entenderlo? Hay guerras, injusticias, abusos y peor aún, de los ministros del Señor. Entonces ¿es verdad que Cristo nos ha salvado? ¿me ha salvado a mi? ¿de qué?

Gracias a Dios nuestra experiencia nos impulsa a afirmar que sí, que me ha cambiado la vida. ¿Qué sería de mi vida si el Señor no me hubiera tocado? Esa es nuestra fe y lo afirmamos porque lo vivimos así. Al menos yo lo afirmo radicalmente porque vivo de su Vida y es lo que me anima a ser sacerdote y a escribir este tema. Pero como creyente, inserto en una sociedad plural que nos desafía a dar razón de la fe (1 Pe 3,15), intentamos en este miércoles santo, responder a la pregunta. Haremos el camino al revés: no partiremos de la razón sino de lo vivido con el Señor.

2. Punto de partida.

San Pablo, el año 57/58, en Rom 6,3-11 ilumina lo que ha hecho el bautismo en nosotros: nos ha sacado del pecado para injertarnos en la vida nueva que nos ha dado el Señor resucitado. Si hemos sido sepultados en su muerte, compartimos también su resurrección para llevar una vida nueva aquí en la tierra y además tener la esperanza de la futura gloria con él en el cielo. Eso no es una cosa externa, sino que nos ha involucrado interiormente *para que, así como Cristo fue resucitado de entre los muertos por el poder del Padre, así también nosotros llevemos una vida nueva* (Rom 6,4). Es evidente que Dios obra con nosotros y en nosotros. No pasa por sobre nuestra libertad y aunque la iniciativa y la fuerza provienen de él, no actúa sin nuestra cooperación.

Experimentamos lo que dice más adelante *porque los que viven según sus propios apetitos, a ellos subordinan sus criterios, pero los que viven según el Espíritu, tienen criterios propios del Espíritu* (Rom 8,5) que conducen a la *vida y a la paz* (Rom 8,6). Insiste en Gal 5,16-26 exhortándonos a vivir en la libertad del Espíritu que combate contra los malos deseos que obran en nosotros fruto del pecado y de los impulsos de la carne. Sin embargo y siendo críticos pero realistas, hartos nos cuesta esta nueva forma de vida. La fuerza humana es muy pequeña. Es nuestra experiencia.

Entonces, ¿en qué consiste la salvación según san Pablo? Parece que en la destrucción de la muerte. Pero ¿estamos entendiendo bien? Algo choca con la experiencia diaria. Vemos morir a tanta gente. La muerte nos rodea. Comprendo el cuestionamiento, pero mi experiencia es que se trata de otra vida, la que viene por *anuncio del evangelio* (2 Tim 1,10).

El evangelio de san Juan -año 95- me hace eco: *como el Padre que me envió posee la vida y yo vivo por el, así también el que me come vivirá por mí* (Jn 6,57) o la respuesta de San Pedro refleja lo que vivo: *Señor ¿a quién iríamos? Tus palabras dan vida eterna* (Jn 6,68). También lo que Jesús dice a Marta, hermana de Lázaro *Yo soy la resurrección y la vida. El que cree en mí, aunque haya muerto vivirá y el que vive y cree en mí, no morirá jamás* (Jn 11,27). Me identifican estas palabras que me hacen sentir una vida nueva distinta, aún antes de la muerte corporal.

Tenemos fe y hemos adherido con nuestros afectos y nuestra inteligencia al mensaje de Cristo y al evangelio. Pero vemos que la fe un día se tiene y otro se pierde. Amigos nuestros, incluso catequistas que han perdido la fe y a lo más echan de menos cuando participaban en la parroquia o en la Iglesia. ¿Acaso Dios los abandonó? Nuestra respuesta como catequistas es: ellos no cultivaron la fe o ellos se apartaron.

A mi personalmente, esa repuesta no me satisface. Parece que ellos fueran los malos y yo el bueno que persevero. No me satisface porque Dios es Dios y como Padre creador no se da por vencido. Es verdad que respeta la libertad, pero si el hijo pródigo no hubiera vuelto a casa, ¿lo habría condenado? ... Es una parábola y hay que saber lo que dice: lejos del Padre Dios se pasa hambre, frío y se pierde la dignidad.

3. El gran obstáculo: el pecado.

No tenemos muy claro qué es el pecado. Sabemos que es mucho más que transgredir una ley. Ésta nos ayuda como *pedagoga* para el conocimiento de Cristo. Para nosotros cristianos del siglo XXI, los 10 mandamientos de la ley de Dios y los cinco de la Iglesia son un marco, pero experimentamos el pecado más como una fuerza contraria a lo que debemos hacer. Lo sentimos como una corriente interna que nos lleva en contra de lo que deseamos como bueno o que nos confunde entre lo bueno y lo malo. El mismo San Pablo reconoce: *soy un hombre de apetitos desordenados que hago el mal que no quiero y dejo de hacer el bien que quiero* (Rom 7,14s).

En sus cartas, san Pablo varias veces da una lista de pecados (Rom 1,29-31) o listas de vicios pecaminosos (Gal 5,19-21). También dice que hay pecados contra la comunidad (1 Cor 11), pero lo novedoso es que pone el origen del pecado en Adán (Rom 5,12-14) frente al cual hay uno solo que nos rescata: Jesucristo (Rom 5,15ss). Volveremos después de revisar muy a la rápida lo que es el pecado en los evangelios.

En los sinópticos, el pecado aparece como una realidad asociada a la dureza del corazón, análoga a la enfermedad, a la parálisis, incluso a la ceguera. No hay una lista de pecados salvo en Mc 7,21-22 (y paralelo) para decir que del *corazón del hombre sale la maldad*. Hay pecados internos como en Mt 5,27s acerca del adulterio u otras faltas advertidas

por Jesús en el sermón del monte. Aún así, Jesús insiste permanentemente en la conversión del corazón pues ha venido a buscar lo perdido (Mt 18,11; Lc 19,10). El pecado explícito es el escándalo y el pecado contra el Espíritu Santo.

En san Juan, todos somos pecadores (Jn 8,7) y por eso Jesús viene a quitar el pecado del mundo, -no **los** pecados, sino **el** pecado del mundo-. Es señalado por el Bautista como el Cordero de Dios (Jn 1,36). El gran pecado es no cumplir los mandamientos de Cristo (Jn 15,10-14), es decir no vivir el mandamiento del amor y por lo tanto no vivir en la comunión con él. Permanecer en él es la vida, y permanecer en él solo será posible viviendo en el amor en la comunidad, la Iglesia. No hay listas de pecado como en San Pablo, pero el pecado es como las tinieblas y quien no vive en la luz, vive en la tiniebla del pecado, en la ceguera (Jn 9,5.13.18-21). Vivir en la luz es ver, y análogamente creer, por eso el que cree tiene vida que es lo contrario a la muerte y a la oscuridad. En el fondo el pecado es rechazar la luz que es Cristo (Jn 1,9-11).

4. Pecado original.

Volviendo a San Pablo, tenemos que mirar nuestra experiencia descrita en Gen 3,1-7. Adán y Eva (el viviente y la madre de los vivientes) cayeron en desobediencia. En las próximas sesiones veremos con más detalle el relato de Gen 2 y Gen 3, pero por ahora digamos que en Gen 3 hay elementos que los percibimos a diario: la tentación que es una mentira mezclada con algo de verdad (3,1b); dialogo con el tentador (3,2-5); decisión libre (3,6); la amarga experiencia de haber sido engañado por el tentador con la consecuente frustración de haber perdido la paz y los bienes que se tenían antes (3,7).

Es muy importante este relato. Sobre el género literario digamos por ahora, que es un lenguaje al que recurre el autor bíblico (o la comunidad de varias generaciones que fue sujeto de inspiración) para explicar una realidad revelada por Dios: no ha sido él que ha creado el mal, sino que la libertad del ser humano ha introducido algo que va en contra de lo que Dios ha creado que es bueno. No es solo una falta de bien ni una opción equivocada. Ha sido contrario al orden revelado por Dios como lo mejor. Dicho de otra manera: lo mejor para el hombre es lo que Dios le muestra, pero el hombre no lo ve o lo rechaza. Ese es el pecado.

¿Dónde estuvo el *qui* de la tentación? En lo que la serpiente -el tentador- le dice a Eva: *Dios sabe que en el momento que coman se les abrirán los ojos y serán como Dios, conocedores del bien y del mal* (Gen 3,5). Esa es la tentación de siempre para el ser humano. Creado inteligente, capaz de amar y de comunicarse como el mismo Dios, - a su imagen y semejanza- queremos ser dioses de la vida, de la creación, de los demás y de nosotros mismos. Ocupar el lugar de nuestro Creador y darnos la verdad. Eso fue lo que vivió el primer viviente, la madre de los vivientes y cada viviente humano.

Solo una creatura humana ha sido liberada de ese pecado: la Santísima Virgen María, la Inmaculada desde su concepción en el vientre de Santa Ana fecundada por San Joaquín. Digo esto porque nada tiene que ver el pecado original con la transmisión sexual de la vida.

5. Jesucristo:

Volvamos al texto de Flp 2,6-11 que vimos en el taller de la semana pasada. Si el pecado ha sido producto de querer hacernos dios, en Cristo, Dios se ha hecho creatura. Él siendo Dios, se hizo hombre *y se despojó de su grandeza para tomar la condición de esclavo y se hizo semejante a los hombres ... se humilló a si mismo... hasta la muerte de cruz...*

Los padres (San Ireneo es el más explícito) explican que el nudo que nos ató al pecado ha sido desatado en la cruz mediante la obediencia de Cristo (y de María). Ha sido una recirculación inversa: mientras nosotros queríamos subir, él ha bajado; mientras nosotros queríamos lo *apetitoso* (como el fruto del árbol), el *se humilló a si mismo hasta la muerte y muerte de cruz.*

De ahí *Dios lo exaltó y le dio el nombre que está sobretodo nombre ... y toda lengua proclame que Jesucristo es Señor para gloria de Dios Padre.* No fue él que se hizo grande menos a costa de otros, sino que por su humillación el Padre Dios lo hizo el más grande entre todo Nombre.

Bien, pero alguien podría decir ¡¡admirable!! Y hasta más de alguien quisiera imitarlo. Pero ¿cómo entender que me ha salvado a mi con un sacrificio imprisionante ocurrido hace 2.000 años? ¿Porqué ese sacrificio me salva a mi? ¿de mi pecado?

Ya lo hemos dicho cuando hablamos del bautismo. Por el bautismo hemos sido injertados en su vida, en su muerte y en su resurrección; hemos recibido el mismo Espíritu de Cristo que nos une con él para vivir con él y de él. Hemos adherido a él por la fe y mediante los sacramentos. Estamos vinculados a él casi ontológicamente por eso nos otorga su vida. Él me ha elegido y me ha salvado integrándome a una comunidad. En él soy una creatura nueva por su resurrección y eso es lo que renovaremos en la vigilia del sábado: el bautismo.

6. ¿Y los que no tienen fe? ¿y la humanidad entera?

El Concilio Vaticano II, en *Gaudium et spes* 22 afirma con fuerza al concluir el capítulo dedicado a la Dignidad de la Persona Humana: *El que es imagen de Dios invisible (Col 1,15) es también el hombre perfecto que ha devuelto a la descendencia de Adán la semejanza divina deformada por el primer pecado.*

¿Cómo lo ha hecho? Responde: *En él la naturaleza humana asumida, no absorbida, ha sido elevada también en nosotros a dignidad sin igual. El Hijo de Dios con su encarnación se ha unido, en cierto modo, con todo hombre.*

Este párrafo es de gran contundencia. No nos llama la atención a la luz de Mt 25: *estuve preso, me visitasteis; estuve desnudo, me vestisteis...* no dice fui bautizado y estuve preso... ni tampoco estuve preso inocentemente. Simplemente se identifica con el que sufre. Lo que dice el Concilio es que se *ha unido* a todo hombre. San Alberto Hurtado lo

comprendió bien pues tuvo una evolución entre 1943 y 1947 a propósito de este tema. En el año 1943 el Papa Pío XI promulgó la encíclica *Mystici Corporis* y resultaba muy claro que todos los bautizados somos parte del Cuerpo de Cristo, pero de ahí en adelante, san Alberto llegó a formular que el “pobre es Cristo” sin más. Era su experiencia, pero coincide con lo que se acerca el Concilio.

Desde el punto de vista de la salvación, ¿Cómo entenderlo? El catecismo de la Iglesia Católica lo dice con claridad: “*en su Persona divina encarnada ‘se ha unido en cierto modo a todo hombre’... ofrece a todos la posibilidad de que, en la forma sólo de Dios conocida, se asocien a este misterio pascual*” (CIC 618) pero además recuerda la ley natural impresa en el ser humano por el hecho de la creación. La *ley natural presente en el corazón de todo hombre y establecida por la razón, es **universal** en sus preceptos y se extiende a todos los hombres* (CIC 1956) aunque puede no ser fácil de comprender y distinguir, es además *inmutable y permanece a través de las generaciones de la historia* (CIC 1958).

Por eso, al concluir este capítulo dice también que esto [luchar y contra el pecado y asociarse al misterio pascual aún medio de tribulaciones] *vale no solo para los cristianos sino también para todos los hombres de buena voluntad en cuyo corazón obra la gracia de modo invisible. Cristo murió por todos* (GS 22).